

## PRÓLOGO

La vida de Alonso Zamora Vicente, nacido en 1916 y fallecido noventa años después, es una buena atalaya para contemplar el devenir de una parte fundamental de la vida intelectual española entre la tercera década y el último cuarto del siglo xx. En los años treinta, el Centro de Estudios Históricos, brote de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para Ampliación de Estudios, significa el gran paso adelante de las disciplinas humanísticas en España. Pero su existencia queda trunca en 1936 por la Guerra Civil, y sus maestros y discípulos han de dividirse en dos exilios, interior y exterior, que saben mantener encendida la llama de la escuela, en nuestro país y en América, el tiempo que dura la vida de los que han sobrevivido a la ruina: entre los filólogos, Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás, Amado Alonso, Gili Gaya, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Alonso Zamora... El último en desaparecer será precisamente este: Alonso Zamora Vicente.

La diáspora no impide que continúen trabajando fecundamente y también comunicándose entre sí, incluso visitándose. Entre los que quedan en España, no es Zamora de los más marginados por el régimen vencedor, probablemente por su condición de *junior* dentro del grupo. Pero no puede evitar, en sus sucesivos puestos docentes, sentirse incómodo con una enseñanza muy ajena a la modernidad de su añorado Centro. Aconsejado por sus maestros del otro lado del Océano, viaja una y otra vez a América y allí enseña en diversos lugares, actuando de enlace entre los dos exilios y prolongando con ello la vitalidad de la escuela en las dos orillas. Y es en el Nuevo Mundo donde, sin dejar de lado su línea investigadora, se da a conocer su faceta de creador, luego intensamente desarrollada en España.

Y al fin, en los años sesenta —la Academia Española, la Universidad Complutense, el retiro—, Alonso Zamora se estabiliza en la Península. Aquí, pasados años, ya enfermo, le encontramos intentando preparar una segunda edición de su obra más reciente. Es entonces cuando entra en su órbita Mario Pedrazuela, primero con el proyecto de una tesis doctoral sobre la vida y obra del propio profesor retirado; enseguida también convertido en

ayudante y secretario suyo. De cuyas manos sale ahora el libro que aquí presentamos.

Pocos trabajos biográficos se habrán realizado como este, sobre una información directa tan abundante, de la propia voz del protagonista, y sobre una laboriosa documentación, de asombrosa riqueza y variedad, relativa a él y a su mundo. La obra de Pedrazuela no solo sigue los pasos vitales de Alonso Zamora, sino que traza un panorama increíblemente amplio y minucioso sobre los momentos, los ámbitos culturales y los contactos con amigos y maestros vividos por nuestro personaje.

El marco, descrito por Pedrazuela, en que transcurre esta existencia marcada por una formación intelectual privilegiada, la de la Facultad de Letras regida por García Morente y la del Centro de Estudios Históricos, y por una guerra y una posguerra que condicionaron su carrera posterior, es de un interés excepcional para el conocimiento de una larga época de la cultura española.

Pero, naturalmente, no es menos valioso el trabajo de Pedrazuela para el conocimiento y la comprensión de la figura en que se centra todo el relato. La exposición de «sus fortunas y adversidades» nos da un perfil muy completo de la personalidad de Alonso Zamora. Este aspecto no solo conduce a una más precisa valoración de su obra científica y literaria, sino que ahonda en la imagen que de él guardamos quienes estuvimos conviviendo con él y trabajando a su lado durante una parte de nuestra vida.

La presencia, en mi recuerdo, de Alonso Zamora, es la de una persona cordial y sensible. Cuando empecé a tratarle, un día de junio de 1962, él era una figura importante en el Seminario de Lexicografía fundado por don Julio Casares dentro de la Real Academia Española, y yo un humilde recluta introducido allí por el director de aquel laboratorio, mi maestro don Rafael Lapesa. Descollando en medio de los trabajadores rasos de la sala, estaban los cuatro grandes: don Rafael Lapesa, don Samuel Gili Gaya, don Carlos Clavería y don Alonso Zamora Vicente. Inolvidables y queridos los cuatro. Ninguno de ellos, salvo don Rafael, era todavía académico. De ellos hay que decir que su trato era el más grato y afable que se puede imaginar y que por su valía y por su humanidad gozaban del respeto espontáneo de todos.

Pero Zamora Vicente, el más joven, era el más cercano y el que más fácilmente conectaba con la gente menuda. Sus comentarios agudos, sus chispas de humor aligeraban la atmósfera de aquella colmena. Yo no puedo olvidar el favor de su temprana amistad. A poco de mi presencia en el Seminario, me invitó a su casa, donde conocí a la admirable compañera de su vida, María Josefa Canellada, y donde me regaló su primer libro de creación, para mí el más preciado: *Primeras hojas*. Y tiempo después, me abrió la colección de

estudios que él dirigía en la primitiva editorial Alfaguara, para publicar mi libro *Arniches y el habla de Madrid*.

Durante los dieciocho años que fue Secretario de la Corporación, y ya siendo yo miembro de esta, me hizo compartir más de un embrollo de los muchos que en su cargo pasaban por sus manos; y en ocasiones, por pasajeras crisis de la dolencia respiratoria que toda su vida le acompañó, confió en mí para que le sustituyese en sus funciones de secretario en las sesiones plenarias de la Academia.

En 1989, al renunciar a la cansada carga de la secretaría por exigencia de la delicada salud de María Josefa, nuestro trato, aunque siguió siendo cordial, se hizo más espaciado, sobre todo desde que se fueron a vivir a una urbanización fuera de Madrid. Muerta su esposa, débil su propia salud, ya solo nos veíamos en aquel apacible chalet de San Sebastián de los Reyes cada vez que nuestro común amigo Carlos Ezponda nos proponía una reunión. Aquellas visitas eran muy bien acogidas por Alonso, que en ellas disfrutaba haciendo alarde de una memoria prodigiosa, al desplegar ante sus dos asombrados contertulios miles de sucesos, de personas y de lugares que la vida había ido disponiendo y pasando ante su mirada alerta. Y los rescoldos, a veces entusiastas, a veces graves, a veces irónicos, que guardaba de tantas vivencias recogidas en su alma eran siempre enriquecedores para nosotros. En aquellas reuniones de los últimos meses de su existencia, en las que él era feliz narrador, nosotros fuimos no menos felices oyentes. La cita postrera, tan gozosa como las anteriores, tuvo lugar menos de dos semanas antes de su muerte.

Ya estaba acogido Alonso a la vida retirada cuando salió publicada su obra más extensa, la *Historia de la Real Academia Española*, con la que se había internado en un género muy distinto de los que siempre había cultivado. Fue su servicio final a la institución que tanta parte de su vida le absorbió. Precisamente a la revisión y ampliación de esta utilísima obra entregaba luego sus ocios de jubilado, tarea en que con eficacia y diligencia le ayudaba Mario Pedrazuela, el autor de la presente obra. Ignoro si la Academia pondrá en la reedición de esa *Historia*, tan necesaria, todo el interés que merece la investigación más documentada que existe sobre el pasado de nuestra Casa, y que es también parte del pasado de España.

El conocimiento de una persona no se agota en su presencia física ni en su conversación, por repetidas y duraderas que una y otra hayan sido. Se completa y perfecciona en el trato con su obra, sobre todo si esta es extensa en volumen y en variedad. De esa cuantiosa obra de Alonso Zamora, dejo ahora aparte, en mi recuerdo, el sector de su investigación histórica, lingüística y en particular dialectal, así como el de la indagación y la crítica literarias; detengo la mirada en el ancho territorio de la creación, el más

profundamente revelador del espíritu de nuestro amigo. Toda su obra está atravesada por el amor a la lengua; pero es en sus escritos libres de toda mira científica donde ese amor se manifiesta en toda su plenitud.

Una vertiente de esta zona se suele clasificar como narrativa. Pero el autor no ejerce de narrador, sino de testigo callado que se inclina sobre “los otros”, el mundo de los humildes y los perdedores, dejándoles decir en monólogos interiores o en monodialogos sus preocupaciones y sus penas, expresadas en un registro popular cuya fidelidad está no tanto en la forma externa cuanto en la forma interior, y cuya ingenuidad o comicidad inspiran más ternura que sonrisa. La sensibilidad humanitaria es el denominador común de esta franja creativa de Alonso Zamora.

Otra veta de sentimiento aflora en las estampas en que el autor evoca las vivencias de su niñez: personas, cosas, lugares, sucesos, esporádicos vestigios del pasado que han quedado retenidos en las redes de la memoria. Estas evocaciones, reunidas en dos preciosos libros, nos muestran en una prosa limpia y contemplativa la sensibilidad nostálgica de Zamora. Ocupan en ellas un sitio de privilegio las calles y plazas de aquel corazón de Madrid de los años veinte, y su gente, sus viejos oficios, sus tiendas, sus voces, su bullicio. Esta devoción por su ciudad no queda guardada solo en esos libros, sino que se desborda en párrafos y aun capítulos enteros de otros. Quienes hemos nacido, como él, en el viejo Madrid y hemos alcanzado a vivirlo antes de la Guerra entendemos y sentimos la emoción que inspiró esas páginas.

Completa mi recuerdo de Alonso Zamora el aspecto para mí más original de su creación. Su alta sensibilidad estética no brilla solamente en los escritos a que acabo de referirme. Está en la parte quizá menos atendida de su obra: la serie de artículos que publicó en el suplemento literario de un diario de Buenos Aires y en otros periódicos rioplatenses, y que después se reunieron en un pequeño volumen con el título, precisamente, de *Suplemento literario*. Estos artículos, como unos pocos más incluidos en otro volumen, *Libros, hombres, paisajes*, ya no son, como anoté en otra ocasión, recuerdos autobiográficos más o menos estilizados, sino recuperación de lugares y de instantes, impresiones sacadas de las galerías de la memoria, contemplación de la vida que se mueve alrededor. Son páginas caracterizadas por un extraordinario dominio de los recursos expresivos del idioma, puestos al servicio de una retención finísima de la realidad y de sus detalles y por una sensibilidad presta a captar la belleza íntima de las cosas. El lenguaje y la alta calidad lírica de muchos de estos textos, verdaderos poemas en prosa, son expresión óptima de la honda capacidad de percibir y de sentir que es uno de los rasgos dominantes del hombre Alonso Zamora.

Toda esta evocación me la trae el libro de Mario Pedrazuela, escrito desde la amistad y la admiración hacia la persona de Zamora Vicente. Un libro que reconstruye con artesanal minuciosidad los momentos y los lugares en que se forjó y se movió su vida. Es un acercamiento inmejorable, y digno de toda gratitud, al espíritu, a la obra y al mundo intelectual de quien también fue y es mi admirado amigo.

MANUEL SECO  
*Real Academia Española*